

dad y barbarie que informa toda nuestra organización social, todo el ideal de la educación tendría necesariamente que limitarse al estudio en educación física de todos aquellos medios que garantizaran el desarrollo armónico de los diversos órganos que integran el cuerpo humano, al objeto de obtener generaciones robustas, sanas y fuertes para luchar con ventaja con la naturaleza, dominando y acaparando sus fuerzas y productos en beneficio de todos; en educación intelectual estudiaría los métodos que estuviesen en perfecta correspondencia con las exigencias psíquicas de la infancia, transmitiendo á ésta el patrimonio de los conocimientos adquiridos, y hasta nos atrevemos á afirmar que los educandos se enriquecerían intelectualmente con sus propios descubrimientos, porque entonces las escuelas no serían lo que hoy son, dispondrían de lo necesario para la investigación científica; y en cuanto á moral pocas lecciones serían necesarias, bastaría el ejemplo vívido de la vida práctica basada en la más fecunda y sana solidaridad humana para encauzar los sentimientos de acuerdo con la más elevada concepción de lo justo, verdadero y bello.

La verdad, sólo la verdad científica resplandecería como faro luminoso llenando de diáfanas claridades el sendero de la vida. Entonces no tendría razón de existir una casta sacerdotal que se atribuye la representación de un Dios dispensador de mercedes á los que creen y practican una doctrina moral y religiosa que no tiene otro fin que asegurar sus intereses materiales y dominación, y que por tanto su principal interés estriba en apoderarse de la infancia para moldearla de conformidad con su criterio de vasallaje y sumisión; no habría un Estado defensor del capitalismo y la propiedad, elevados ambos conceptos á la consideración de una especie de religión cívica, cuyas infracciones no se pagan con premios y castigos imaginarios, sino que son positivos y cruentos, y cuyas observancias condenan á la miseria á

los fieles de ese inhumano culto, dejando á sus sacerdotes (propietarios y capitalistas) en la posesión y disfrute de todos sus goces y beneficios. Para que este orden de cosas sea duradero, el Estado formula programas que comprenden enseñanzas encaminadas á inculcar en los niños el respeto y veneración que se merecen tales instituciones, declarándolas esenciales al orden social y como emanaciones del criterio de justicia que informa los códigos por que se rigen todas las naciones desde los comienzos de la historia, y especialmente desde la invención de la jurisprudencia romana hasta nuestros días.

Dígase si esta es ó no enseñanza sectaria. El Estado trata de formar ciudadanos celosos defensores de la patria en el exterior y del orden social en el interior, aunque esta patria sea madre desnaturalizada insensible á los dolores de sus proletarios hijos y aunque la conservación del orden suponga casi siempre injusticia y violación de los humanos derechos por el triunfo tiránico del privilegio. Respecto á los que todo lo supeditan á los principios religiosos, unas veces en pugna con el Estado, como sucede en las naciones que han adoptado un laicismo más ó menos adulterado con ideas místicas vergonzantes, y otras veces de acuerdo con los estados que profesan una determinada confesión oficial, luchan y se agitan furiosamente para imponer por la violencia el imperio de sus dogmas y creencias á la conciencia como medio de sojuzgar y oprimir á los hombres.

Unos y otros, aunque distanciados, á veces en apariencia, adoptando diversos procedimientos é invocando distintos principios rectores de la vida escolar, convergen, sin embargo, en una aspiración y tendencia que les es común: las de mantener en perpetua servidumbre y sumisión á la enorme masa de los desposeídos que suministra ejércitos de trabajadores esclavos, propicios por la educación recibida á dejar girones de su carne en el taller, en la fábrica, en la mina, en los cam-